



CEU  
*Biblioteca*

Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de docencia e investigación de acuerdo con el art. 37 de la Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 de Julio del 2006.

*Trabajo realizado por: CEU Biblioteca*

Todos los derechos de propiedad industrial e intelectual de los contenidos pertenecen al CEU o en su caso, a terceras personas.



El usuario puede visualizar, imprimir, copiarlos y almacenarlos en el disco duro de su ordenador o en cualquier otro soporte físico, siempre y cuando sea, única y exclusivamente para uso personal y privado, quedando, por tanto, terminantemente prohibida su utilización con fines comerciales, su distribución, así como su modificación o alteración.



## **La verdad y las nuevas dinámicas descivilizadoras**

**Profesor Dr. Aquilino Polaino-Lorente**  
Catedrático de la Universidad CEU-San Pablo

En Lydia Jiménez. *La devaluación de la razón*. Fundación Universitaria Española.  
Madrid 2011, pp. 227-257.  
ISBN: 978-84-7392-783-3

### **Introducción**

En esta intervención abordaré sólo dos cuestiones, muy elementales por cierto, relativas a la verdad. En la primera atenderé a los supuestos pre-constitutivos de la verdad, ya que sin éstos no es posible que pueda haberla. En la segunda, se tratará de las nuevas dinámicas des-civilizadoras que contribuyen, de forma obvia, al oscurecimiento e imposibilidad de que la verdad emerja y sea manifestada. No se atenderá a muchas de estas dinámicas, por considerar que no es este el ámbito apropiado. Sin embargo, si daré algunas pinceladas descriptivas, un tanto fuertes, acerca de algunas de ellas, especialmente de aquellas que, a día de hoy, se emplean con mayor frecuencia. Con ello se tratará de probar cómo ese dinamismo, vinculado en su raíz a ciertas ideologías políticas, es incompatible con la verdad. Lo que pone de manifiesto la devaluación de la razón, objeto de este seminario.

De admitirse que la verdad y sus supuestos pre-constitutivos son hoy atacados frontalmente, hasta el punto de propiciar una crisis y procurar su disolución, habrá que indagar en la historia de la filosofía para esclarecer dónde asienta el origen de esta crisis.

De otra parte, si las nuevas dinámicas y estrategias des-civilizadoras son adversas a la verdad, entonces asistiríamos al estrangulamiento y obstrucción de ella, al encontrar un poderoso obstáculo para poder florecer y manifestarse a la comunidad. Lo que esto significa, en otros términos, es que la actual cultura occidental está próxima a renunciar de forma definitiva a los principios que la constituyeron y, en definitiva, a quedarse sin verdad.

Pero sin verdad ni el hombre ni la cultura pueden sobrevivir: nos va pues en ello la propia supervivencia. Esta es la cuestión medular que interpela de continuo al hombre contemporáneo acerca de cuál es el porvenir de la cultura occidental. A ello se atenderá en las líneas que siguen.

## **1. Supuestos pre-constitutivos de la verdad**

1. 1. Trataré, en primer lugar, de lo que he dado en llamar los supuestos pre-constitutivos de la verdad. Se trata, pues, de aquellas condiciones que son ineludibles para que la verdad sea posible. El primer supuesto podría formularse como sigue: **sin la presencia de una persona con capacidad de conocer**, es decir, sin la presencia de una persona abierta, por la racionalidad, al conocimiento, no puede haber verdad.

Si no hubiera ninguna persona que conociera no habría verdad humana alguna. Lo que pone de manifiesto que sin conocimiento no hay verdad. El conocimiento no es algo vago, abstracto y despersonalizado que esté desarraigado y distante de la intimidad de la persona. Por tanto, quien conoce es siempre una persona, y esa verdad conocida tiene siempre consecuencias para ella.

La capacidad humana de conocer está bien conformada con la estructura de apertura cognitiva de la persona. El conocimiento exige el olvido de sí, y la salida del propio yo. Conoce quien no se hace cuestión enfermiza de sí mismo, sino quien se interesa por los demás y por las realidades del mundo. Sin esta apertura, la existencia humana se estructuraría de forma hermética, aislada y curvada sobre sí misma.

Sin la apertura del conocimiento no es posible la otra apertura de la persona: la del corazón, la del querer. Conocer y querer ponen de manifiesto la presencia en el mundo de la racionalidad personal. El conocimiento y el afecto que le acompaña producen satisfacción en las personas. Cuando el querer y el conocer son verdaderos, la persona ocupa una posición muy próxima a la felicidad. (Esta felicidad es compatible con el esfuerzo que todo conocimiento conlleva, cuestión que se ha presentado un tanto confusa en las actuales circunstancias sociales).

Esto es así, porque al mismo tiempo que la persona aprehende un determinado contenido -el que fuere-, conoce la verdad de su acción de conocer. Esta nueva vinculación entre la verdad y la persona que la conoce tiene muchas consecuencias: para la verdad, la persona, la ciencia, la sociedad, etc. El conocimiento aporta mucho más a las personas que la ignorancia y, lo que es muy importante, contribuye a que sean dichosas.

Si las personas se empeñaran en no conocer e ignorar todo, antes o después tendrían que cambiar de actitud, porque así no se puede vivir por no estar de acuerdo con la condición humana. Lo propio de la persona es la relación, lo que le exige salir de sí para ocuparse del otro. El ensimismamiento, por el contrario, es ya incompatible con la acción de conocer.

Concluamos este primer supuesto con la aserción de que las personas conocen y apetecen conocer –en especial acerca de sí mismas-, y que ese conocimiento genera consecuencias existenciales para el sujeto que conoce. Esta especial capacidad de la racionalidad tiene excelentes referentes en la condición humana. La misma explicación de la condición humana sería incomprensible si se renunciase o no se apelase, como es debido, a su capacidad de conocer.

1. 2. El segundo supuesto, es que **sin la presencia de una realidad que sea inteligible** tampoco puede haber verdad. Para que haya verdad tiene que haber algo que sea inteligible, tiene que haber una realidad que se pueda conocer. El hecho de que esa realidad sea inteligible se conforma bien con el hecho de que la persona es susceptible de conocimiento.

Si una realidad cualquiera estuviera muy cerrada en sí misma o se manifestara tan hermética y oscurecida –tan poco inteligible- que, en algún sentido, no pudiera ser conocida por las personas, entonces, habría que concluir que la manifestación de la verdad sería imposible en ella.

Sostener que las cosas son inteligibles es tanto como afirmar que las realidades que tan celosamente guardan en su naturaleza la verdad pueden ser conocidas por alguien; que tienen una naturaleza, una sustancia que hace que cada una de ellas sea como es; que, en la medida que son inteligibles, permiten que el sujeto que las conoce se apropie esa verdad de un modo inmaterial; y que tal apropiación no se llevaría a cabo debidamente, si el sujeto que la conoce no respeta su ser natural.

Por el contrario, si las cosas no fueran inteligibles ninguna persona podría hacerse con su conocimiento, y se incurriría en una opinión errónea y/o incompleta de la realidad. El entendimiento humano iría por un lado y la realidad de las cosas por otro. Pero no se encontrarían. La articulación entre el entendimiento humano y la realidad de las cosas no acontecería.

Las consecuencias de ello serían funestas, pues no se produciría ningún avance científico y no habría progreso alguno. Es más, las propias cosas aparecerían a la mirada de las personas como desnaturalizadas, porque se ofrecerían a ellas como lo que no son. De otra parte, si las cosas están al servicio del hombre y el juicio de éste no se adecua a la naturaleza de aquellas, esas mismas cosas no cumplen con su función y, por consiguiente, se encontrarían como vagando en un mundo extraño en el que no hallan su lugar apropiado.

La opinión generalizada de un amplio sector considera hoy que las cosas no son inteligibles, sino que cada observador “construye” una opinión diversa acerca de ellas. No hay, pues, conocimiento alguno sino opinión. Esta forma de entender el conocimiento de la realidad tiene mucho de pragmático y utilitarista. La realidad “construida” por cada observador interesa sólo en la medida que sea eficiente respecto de los resultados que de esa “construcción”/conocimiento puedan derivarse. El “constructivismo” ha transformado el conocimiento humano en mera razón práctica e instrumental, cuyo objetivo final es sacar el máximo provecho material de todo lo que “construye”.<sup>1</sup>

Lamentablemente, de acuerdo con el “constructivismo” se produce una inadecuación entre quien conoce y lo que se conoce; se desnaturaliza la realidad que se conoce y el modo de usar el propio conocimiento; y se omite la actitud respetuosa de la persona ante el ser de cada cosa. La realidad sí que importa. Que cada cosa sea lo que es nos importa; entre otras razones porque con cada cosa hemos de relacionarnos y compartir el mundo en que vivimos.

Considerar la realidad sólo desde la perspectiva del rendimiento económico y material desvirtúa, a través de una visión exclusivamente explotadora y muy poco natural, lo que es el conocimiento. El conocimiento humano –con independencia del rendimiento que de él se obtenga- ha de ser respetuoso con el ser de cada cosa. Este es el procedimiento mediante el cual, sin destrozar la naturaleza de la cosa, nos abre a su verdad. El olvido de la naturaleza –hoy, apenas un feudo de los ecologistas- es lo que está en las raíces de la nueva pragmática explotadora, ávida sólo de la obtención de rápidos beneficios con los que lucrarse.

---

<sup>1</sup> Aquilino Polaino-Lorente. “Identidad y diferencia: la construcción social de “género”, en M. Lacalle y P. Martínez (Coords.). *La ideología de género. Reflexiones críticas*. Ciudadela. Madrid, 2009, pp. 120-156.

Esto es mucho más grave de lo que parece. Pues, si la verdad de cada cosa en su ser inteligible no estuviera articulada con la naturaleza de cada cosa, entonces tampoco sería posible el encuentro con la verdad. La inteligibilidad de cada cosa está ensamblada con su propia esencia. Si no se aprehende ésta aquella tampoco es posible. No, no conviene disolver, fragmentar o diferenciar la inteligibilidad de la realidad de su propia esencia. Debería darse un mutuo respeto entre la naturaleza del sujeto cognoscente y la de la cosa conocida. Tal encuentro es mucho más fructífero para ambos, por la sencilla razón de que de él brota la verdad. Observemos con mayor atención este tercer supuesto de la verdad.

1. 3. El tercer supuesto atañe al encuentro entre el sujeto cognoscente y la realidad inteligible: el ámbito de un juicio donde eclosiona la verdad. Si no hay encuentro entre el sujeto que conoce y la cosa conocida no puede haber verdad. Por tanto, ese encuentro es realmente fecundo, por ser el que posibilita que la verdad se manifieste. Lo que aprehende y entiende el sujeto que conoce es la forma de la esencia de cada cosa, y no una mera “construcción” artificial y subjetiva de ella, realizada al albur de no se sabe qué inspiración, ocurrencia o circunstancia.

Por tanto, la verdad solo se da en el juicio; si no hubiera juicio no podría haber verdad. El juicio es la operación realizada por el pensamiento al afirmar o negar algo acerca de la realidad. Cuando juzgamos -algo que hacemos habitualmente, sin ser muy conscientes de ello-, ¿emerge siempre la verdad? No, no parece que sea así; es poco probable que la verdad ilumine con harta frecuencia este tipo de juicios. Pero no todos los juicios humanos pueden reducirse a este tipo. He aquí lo peligrosos que son esos juicios que -por error, precipitación e insuficiente información- acaban por distorsionar o impedir la manifestación de la verdad. Sin embargo, hay juicios en que la forma de la cosa juzgada y su intelección por el sujeto cognoscente coinciden. En este ámbito es donde se manifiesta la luz de la verdad.

Asistimos, no obstante, a otra paradoja, difícil de explicar. ¿Cómo es posible que seamos libres para pensar y que, en cambio, no lo seamos en el mismo modo para dejar de pensar? Se entiende que si no fuéramos libres para pensar en lo que queremos, ese pensamiento no cumpliría con su supuesto principal (la libertad en el pensamiento) y, en consecuencia, podría calificarse como pensamiento automático o deshumanizado. Pero, al mismo tiempo, si alguien se propone no pensar, es muy probable que de una u otra forma continúe pensando. No parece sino que la actividad cognitiva humana tiene tal potencia que no se deja someter con facilidad, sino que más bien se escapa del control voluntario como guiada por una especie de tendencia natural.

De aquí que la actividad judicativa de las personas a veces sea verdadera y en muchas otras ocasiones no. Algunos juicios son verdaderos y en ellos alumbra el esplendor de la verdad, de la que deriva abundante “ganancia” para todos. Pero, en otras ocasiones, los prejuicios, los errores, y hasta las mentiras sustituyen, modulan, corrigen o arruinan ese juicio, con lo que todos pierden y muchos sufren.

1. 4. El cuarto supuesto trata de la distinción entre verdad material y verdad formal, lo que contribuye a evitar confusiones y a que la verdad se manifieste. La verdad material es la que se encuentra en las cosas mismas, en su propia realidad. Es lo que los griegos designaban con un término, *alétheia*, que a mí me parece muy correcto, por cuanto es otro modo de referirse a la verdad, entendida ésta como descubrimiento o desvelamiento. Las cosas tienen una verdad constitutiva que les

hace ser lo que son, y esa es su verdad material. Es cierto que en algunas realidades puede vislumbrarse espontáneamente esta verdad material. Pero en el conocimiento de otras muchas realidades el desvelamiento de la verdad es más complejo, por lo que es más difícil percatarse de ella. En ese caso, la persona que quiere conocer la verdad tendrá que poner más esfuerzo. Esa acción de desvelar la verdad de las cosas puede exigir el ir apartando todo aquello que las encubre y oculta al conocimiento humano. Esta forma de proceder se ensambla bien con la actividad de los investigadores como desveladores de la verdad.

Cuando las cosas se manifiestan tal y como son, su verdad material es acogida por el investigador como desvelamiento y manifestación. La realidad no puede ser falsa porque las cosas no pueden ocultar su ser o manifestarse de forma contraria a como son. Las cosas, en general, no son libres para ocultar su verdad a quienes las estudian y tratar así de engañarlos. Lo que suele suceder más bien es que el error asienta en quien quiere conocer la realidad.

La verdad formal, en cambio, es la que se encuentra en el entendimiento, como consecuencia de esa adecuación -en virtud del conocimiento- entre el entendimiento y la realidad de la cosa. Hablar aquí de adecuación es tanto como decir armonía, identidad de la forma de la cosa y del conocimiento de ella; la misma esencia de la cosa es lo que constituye la trama de nuestro conocimiento de ella. Si esa verdad material, a la que me estoy refiriendo, no estuviera en la cosa que conocemos, tampoco habría verdad formal en nuestro entendimiento. No sucede lo mismo si observamos el acto de conocer desde la otra orilla. En efecto, del hecho de que no halla una verdad formal de la cosa en el entendimiento de quien conoce no se sigue la inexistencia de la verdad material en la cosa. De lo contrario, se incurriría en el idealismo más radical, según el cual el conocimiento del sujeto es el que crea el objeto que conoce. Este idealismo subjetivista ha supuesto un grave obstáculo para el conocimiento científico, precisamente por considerar las cosas como si fueran algo conformado, “construido” o creado por la mente del sujeto.

1. 5. Otro supuesto importante, aunque éste a nivel existencial, es la verdad en el comportamiento, la veracidad. La veracidad es lo que expresamos por medio del lenguaje y el modo en que nos comportamos. La veracidad implica otra función humana en el ámbito del compromiso con el conocimiento: la voluntad. El querer de la voluntad puede introducirse entre lo que el entendimiento entiende y lo que la lengua expresa y habla, falseando la adecuación entre lo uno y lo otro y, por tanto, dar origen a la mentira. Esta actividad no puede llevarse a cabo sin la intervención de la voluntad de la persona.

Cuando esa veracidad se predica de la misma vida del sujeto, de su propia biografía entonces nos estamos refiriendo a la autenticidad. Este es un valor que hay que tener en altísima estima porque en el fondo es como nuestro carné de identidad personal, la carta de confianza que mostramos a los demás, por cuya credencial ellos se fían de nosotros. La autenticidad es vivir en la verdad de lo que somos y de lo que queremos ser.

A mi entender, la persona no dispone de una autenticidad al cien por cien, dada la heterogeneidad y complejidad de la vida humana, además de nuestras naturales limitaciones. Pero que la autenticidad no sea completa en la persona no quiere decir que no apunte a ello, aunque no lo consiga. Por esta sencilla razón nadie debiera escandalizarse. Por muy exigente que fuere la pretensión de autenticidad, hay en cada persona tanta debilidad y limitación que, si las

conociéramos, ningún comportamiento humano sería susceptible de suscitar el escándalo.

Cuando hablamos de autenticidad estamos hablando también de estilos de vida, es decir, de valores y comportamientos, y de la posible adecuación entre lo uno y lo otro. Esto pone de manifiesto que en la persona auténtica aparece una patente articulación entre la razón y los apetitos y tendencias personales. En una persona auténtica hay una relación existencial verdadera entre sus tendencias apetitivas y su razón. La unidad entre ambas es en algunas personas tan poderosa que imposibilita la fragmentación del vínculo que hay entre ellas. En esto consiste también la unidad de la identidad personal: sin verdad no es posible la identidad personal. En cierta manera, la fidelidad al otro forma parte de la unidad que constituye la propia identidad.

Una persona que se haya esforzado mucho por conseguir esa autenticidad es aquella en que apenas se dan diferencias entre lo que piensa y lo que dice, lo que dice y lo que hace, y lo que hace y lo que piensa. Como tal aspiración humana, el anhelo por conseguirla es tan realista como realistas son las dificultades en lograrlo. Conseguir esa especie de “icono”, que sintetiza la propia vida humana, es una aspiración que debemos mantener e incluso fomentar, aún sabiendo que es probable que no consigamos darle alcance.

Los anteriores supuestos de las posibilidades de la verdad son conformes con los postulados de la filosofía clásica tradicional. En la actualidad, sin embargo, puede afirmarse que estamos en las antípodas de tal forma de pensar. ¿Cuál ha sido la evolución del pensamiento hasta llegar a la actual situación?

Puede sostenerse que es a partir del siglo XIV, cuando comienza a hundirse este paradigma cognitivo. El primer “hito” que emerge contra esta formulación de la verdad es la del nominalismo. Ockham traslada la capacidad de entender a la voluntad, sustituyéndola por la razón. De aquí que el conocimiento no se entienda ya como algo intencionadamente recto, sino sólo como voluntariamente hipotético. De acuerdo con el nominalismo, el conocimiento tiene mucho más que ver con la voluntad que con el entendimiento.

A partir de aquí se inicia el descenso en la confianza y el valor de la razón. Descartes, Locke y Kant ahondarán en este descenso. Un salto más y los “filósofos de la sospecha” (Schopenhauer, Nietzsche y Freud) inocularán esta desconfianza en la concepción del mismo hombre, a través de sus supuestos antropológicos. La verdad ha dejado de existir. La verdad ya no emerge, ni se compadece con la realidad, y nada tiene que ver con el juicio. La verdad superviviente, a partir de esta etapa, es una verdad que se construye, una “verdad construida”. Es la consecuencia de la propuesta de Kant, para quien tiene que haber cierto acuerdo entre los conocedores de una determinada hipótesis; si no se llega a ese acuerdo no habrá una “verdad común” sino una “verdad particular”.

Si el único fundamento de la verdad es el resultado de un cierto acuerdo o consenso, la verdad así construida será siempre algo circunstancial y cambiante. Surge así una profunda y generalizada inseguridad epistemológica. La “objetividad” de los hechos pierde espesura y densidad. Los mismos hechos no inspiran ya certeza alguna. La confianza ha hecho crisis, a causa del relativismo, y todos hemos perdido con ello. En este escenario surge el constructivismo.

En opinión de los “constructivistas” (por ejemplo, Foucault, Derrida, Bobbio), son los seres humanos los que construyen la verdad –los que hacen la verdad- al “construir” el lenguaje mediante el cual expresan sus proposiciones.<sup>2</sup>

Esta es la situación en la que hoy estamos. La realidad no existe, la realidad es incognoscible y nadie sabe como es, por lo que cada uno construye la realidad a su antojo y manera. A través de esta construcción que cada persona hace, de alguna forma va emergiendo una cierta realidad social (la realidad así “construida”). El relativismo invade, de forma silenciosa pero eficaz, buena parte de las ciencias actuales y, especialmente, algunas actividades de primer orden como la educación.<sup>3</sup>

Con ello se ha oscurecido el concepto de persona, y la misma verdad acerca de la persona. Lo que tiene implicaciones antropológicas y socio-culturales muy graves.<sup>4</sup> En la actualidad, son muy pocos los que pueden distinguir con claridad entre sustancia, esencia y persona.

La devaluación de la razón conlleva la devaluación de la dignidad humana. Algo parecido sucedería si se devaluaran los sentimientos o la corporeidad. Pero en el ámbito de la racionalidad, las personas nos jugamos un poco más. Conviene no olvidar que la racionalidad es una perfección que distingue a las personas de los animales no racionales, precisamente porque significa una mayor participación que ellos en el ser, y esta condición es la que confiere esa dignidad especial a la persona.<sup>5</sup>

Habida cuenta de la confusión general existente en torno a la verdad, principalmente a causa del relativismo, considero de vital importancia en el momento actual insistir en los supuestos pre-constitutivos de la emergencia posibilista de la verdad.

## **2. Las nuevas dinámicas sociales**

### **2. 1. La nueva ingeniería de transformación social es compleja y sofisticada en sus procedimientos, pero muy clara y resuelta en sus fines. Las nuevas dinámicas**

---

<sup>2</sup> Para ellos la realidad es incognoscible. Cada persona “construye” la realidad –su realidad- tal y como la entiende. Importa muy poco lo que realmente pueda leerse, por ejemplo, en *El Quijote*, y si existió Cervantes o no y lo que escribió. Lo que importa es la “deconstrucción” y “construcción social” de la realidad, es decir, *El Quijote* que cada lector “construye” cuando lo lee, lo que significa que hay tantos *Quijotes* como lectores. (Para una explicación más extensa, confrontar Aquilino Polaino-Lorente. *Antropología e Investigación en las Ciencias Humanas*. Unión Editorial. Madrid, 2010.

<sup>3</sup> A modo de ejemplo, pueden consultarse las publicaciones siguientes: P. Berger y Th. Luckmann. *La construcción social de la realidad*. Amorrortu. Madrid, 1993; A. Quevedo. *De Foucault a Derrida*. Eunsa. Pamplona, 2001; J. Trillo-Figueroa. *Una revolución silenciosa. La política sexual del feminismo socialista*. Libros-libres. Madrid, 2007; M. Lacalle y P. Martínez (Coords.). *La ideología de género. Reflexiones críticas*. Ciudadela. Madrid, 2009.

<sup>4</sup> La confusión acerca de la persona incide frontalmente sobre su dignidad, a la que empobrece y disuelve. “La persona humana –escribe Victorino Rodríguez- se constituye [...] por la ordenación trascendental de la substancia individual de naturaleza racional al propio acto de existir. [...] La singular dignidad le viene a la persona de ambos elementos constitutivos o perfectivos, aunque de distinto orden: uno entitativo-dinámico superior en su orden: el ser de la naturaleza racional o intelectual, superior a la de los demás seres creados no intelectuales. [...] Otro es entitativo, de persistencia en el existir, participado del Ser por esencia, y en su duración eterna *in posterum*” (Victoriano Rodríguez. *Estudios de antropología teológica*. Speiro. Madrid, 1991, pp. 30-31.

<sup>5</sup> Confrontar Eduardo Forment. *Introducción a la Metafísica*. Universidad de Barcelona. Barcelona, 1984.

sociales, de la que aquella se sirve, están animadas de una intencionalidad des-civilizadora (en especial en lo que se refiere a la cultura Occidental y a sus raíces).<sup>6</sup> Las nuevas dinámicas sociales están configuradas por estrategias sutilmente diseñadas, de manera que sus contenidos sean aceptados sin sobresaltos por una abultada mayoría de la ciudadanía, como elementos integrados en las redes sociales de lo políticamente correcto.

“Esas sociedades –escribe Rubio de Urquía- no son ya, en lo fundamental, sociedades propias de la Civilización Occidental, sino sociedades sin civilización en las que, aquí y allí, y de modo problemático e inestable, subsisten fragmentos de legislación y algunas otras instituciones públicas más o menos propias de la Civilización Occidental. [...] Las sociedades actuales así transformadas y conducidas son ya algo completamente distinto de lo que fueron las sociedades pre-existentes correspondientes: son articulaciones y amalgamaciones de grupos humanos muy heterogéneos formalmente sin civilización y real-empíricamente en progresivo y acelerado camino hacia su conversión en masas humanas alejadas de cualquier forma de Civilización Occidental y, en general, sin civilización. [...] La desnucleación civilizacional estructural masiva de gran parte de las sociedades hasta hace muy poco tiempo, realmente y en su “definición oficial”, de Civilización Occidental, [...] está quedando reducida a grupos minoritarios y marginales y la reducción de los europeos a una minoría en las sociedades en las que hasta hace poco tiempo -y desde tiempo inmemorial!- constituían la totalidad de la población y en las que, aún hoy, constituyen la mayoría de la población [...] A partir de las masas humanas así formadas, constitución de una suerte de “anti-Civilización Occidental”, esto es de una forma de organización de gentes cuyo punto de partida y elemento dinámicamente nucleante consiste en, precisamente, algo definido como la negación de las “propiedades de composición” de Civilización Occidental, muy en particular de “cristianismo”, “persona” y “pensamiento racional””.<sup>7</sup>

Los numerosos comportamientos afectados por el nuevo “cambio cultural” podrían describirse de forma indefinida. A continuación se describen algunos de ellos, a modo de ejemplos: “la descalificación de las formas tradicionales de vida y los estilos de educación familiar; la intolerancia ante cualquier forma de autoridad; la ironía disolvente y la agresiva crispación respecto de las normas morales; la condena a la obsolescencia del “héroe” y la emergencia de agresivos modelos anti-épicos; la creciente zafiedad en la búsqueda de nuevas y fugaces experiencias hedonistas; la exaltación de la heterogeneidad individualista<sup>8</sup>; la injusta calificación de “fundamentalista” a las personas que dispongan de

<sup>6</sup> El término “dinámicas des-civilizadoras”, aquí empleado, está tomado de algunos textos del Profesor Rubio de Urquía, con los que esta colaboración se siente deudora. Confrontar Rafael Rubio de Urquía. “Ideología de género” y futuro. Breve esbozo del lugar de “ideología de género” en la dinámica “histórica contemporánea”, en M. Lacalle y P. Martínez (Coords.). *La ideología de género. Reflexiones críticas*. Ciudadela. Madrid, 2009, pp. 347-406.

<sup>7</sup> Rafael Rubio de Urquía, *Ibid.*, 2009, p. 8-17.

<sup>8</sup> Aquilino Polaino-Lorente. “¿Hacia una cultura del individualismo?”, en VV.AA. *Humanismo para el siglo XXI. Propuestas para el congreso Internacional “Humanismo para el siglo XXI”*. Universidad de Deusto. Bilbao, 2003, pp. 163-172. Sin duda alguna, la perspectiva de Tocqueville sobre el individualismo se ha cumplido. “Veo una masa innumerable de hombres semejantes e iguales –escribió-, inclinados sin descanso sobre sí mismos para procurarse placeres pequeños y vulgares, con los que llenan su alma. Cada uno de ellos, retirado aparte, vive como extraño al destino de todos los demás, sus hijos y sus amigos particulares forman para él toda la especie humana; en lo que concierne a sus conciudadanos, vive al lado de ellos, pero no los ve; los toca pero no los siente; no existe nada más que en sí mismo y para sí mismo y si le queda todavía una familia, en todo caso se puede decir que no tiene patria”; Tocqueville, A. *La democracia en América*. Alianza. Madrid, 1985, 2 vols., II, 4ª parte, cap. VI.

cualquier convicción religiosa; el ataque a las tradiciones de Occidente como una forma obsoleta del imperialismo racionalista; la reposición de lo absurdo e incoherente como formas de comportamiento generalizado, a pesar de que arrastren con ellas el desinterés, el tedio, el aburrimiento y la corrupción; la multiplicación de paradojas disgregadoras que siembran la confusión al propalar simultáneamente un comportamiento y su contrario; la disolución de las formas de expresión artística; la disgregación en la pluralidad anárquica de costumbres dispersas, no susceptibles de integración que, sin embargo, se exaltan al incluirlas en el formato del “buenismo” provisional; el empobrecimiento y deterioro del lenguaje expresivo; la eclosión de oscuras y cambiantes normativas bajo el señuelo de adecuarse a “lo políticamente correcto”; etc.”<sup>9</sup>

2. 2. Un principio común a la mayoría de las actuales dinámicas sociales –y, por consiguiente, el fundamento mismo de muchas de ellas- consiste en la inadecuación entre lo que se piensa y lo que se dice, es decir, en la mentira sistemática y continua, que es tolerada y con la que se convive como si se tratase de algo natural.

En este punto hay que apelar a la racionalidad y, más concretamente, al juicio que para liberar la verdad ha de desvelar antes la mentira que se ha puesto en circulación. Es menester que la educación en la denostada racionalidad pase hoy por un buen ejercicio de entrenamiento en el espíritu crítico.

Con la mentira se niega la realidad de las cosas. La mentira se sirve sobre todo del lenguaje, de un lenguaje que oculta y tergiversa el pensamiento y la realidad. Aquí no se puede hablar de error, puesto que es voluntario –estratégicamente voluntario- el uso que de él se hace.

Ahora bien, si el lenguaje se emplea sistemáticamente para mentir, ¿se puede decir que ese lenguaje cumple su función? ¿Sirve acaso para comunicar y compartir con los demás lo que forma patrimonio de la propia intimidad? A mi modo de ver, la lengua mentirosa no cumple con su función, sino todo lo contrario. La lengua mentirosa es un poderoso y perverso instrumento sólo útil para confundir, engañar y manipular. Un lenguaje al servicio de la mentira, precisamente por eso, es un lenguaje desnaturalizado y deshumanizado que, en lugar de unir, aísla. Pero si un lenguaje no sirve para la comunicación, para compartir con los otros la verdad del conocimiento, ¿puede continuar afirmándose acerca de él, que es realmente un lenguaje? La respuesta es un rotundamente no.

La primera consecuencia de las dinámicas sociales que hincan sus raíces en la mentira es la incomunicación. Paradójicamente, en “la sociedad de la comunicación y el conocimiento”, de repente los ciudadanos se han quedado sin comunicación y son ahora rehenes de la incomunicación y el aislamiento.

No quiero con esto desanimarles, pero hagan un sencillo experimento: observen, por ejemplo, un telediario y hagan una síntesis de los contenidos de los núcleos informativos que les parezca más relevantes. A continuación, traten de explicar la información suministrada apelando a otras posibles alternativas, de acuerdo con sus experiencias personales y el conocimiento natural de la realidad que aquellas les proporcionan.

Es probable que la verdad acerca de la información que han recibido esté más cerca de las posibilidades sugeridas por la propia experiencia personal que por lo que han visto y oído. En ese caso habría que concluir que el contenido de ese

---

<sup>9</sup> Aquilino Polaino-Lorente. *Antropología e Investigación en las Ciencias Humanas*. Unión Editorial. Madrid, 2010, pp. 157-158.

informativo sólo cumple una función: la de entretenerles, la ficción de observar algo, aún a sabiendas de que no es verdad y les están engañando.

No obstante, el ser humano está tan bien diseñado que le repugna el engaño. A lo que parece, ninguna persona se siente dichosa cuando descubre que ha sido engañada. ¿Por qué esa repugnancia ante la mentira y el engaño? ¿Acaso no muestra esta actitud generalizada el hambre de verdad que bulle en el ser humano? Una parte de la confusión y perplejidad actuales, condicionadas por los nuevos cambios sociales, tienen su origen en la circulación –y el acomodo a ellas– de muchas actitudes y realidades que son entre sí incompatibles.

Al mismo tiempo que se propaga el relativismo de la verdad, se afirma –se está seguro de ello, con una extraña seguridad– que el conocimiento es sostenible; se enaltece la fortaleza de “la sociedad del conocimiento” a la vez que ese mismo avance se fundamenta en la “verdad consensuada”.

2. 3. Otra dinámica social es la que se basa en que lo que ahora se entiende por verdad se ha convertido en lo que cada uno quiere oír y, por el momento, en nada más. Según este modo de proceder, lo que la persona desea es verdadero y lo que le frustra o desagrada es falso. Un modo éste de huir de la realidad y buscar refugio en el ámbito de lo fantástico. Con ello se invierte y trasforma el natural deseo de encontrar la verdad en un referente –meramente subjetivo e irreal, aunque desde luego deseante– de acuerdo con lo que está de moda. El placer, la mera satisfacción sensible poco o nada tiene que ver con la verdad, a excepción de que ellos mismos sean ciertamente verdaderos. De igual modo, lo que uno quiere oír no tiene nada que ver con la realidad de las cosas, ni con el juicio y lo que se conoce.

Transcribo textualmente el titular con el que abría un informativo de unos meses atrás: “*Estamos avanzando en una dirección acertada para alcanzar el mejor futuro posible*”. ¿Qué fundamento tiene ese titular? ¿Qué entiende la persona de quien proceden esas palabras por “avanzar”? ¿Será acaso en la dirección acertada? ¿Qué significa, en este contexto, un “futuro posible”? ¿Qué significado conclusivo se traslada al tele-espectador? ¿Cómo se ha articulado esa proposición? ¿Qué es lo que permite inferir al observador que tal expresión se aproxima a la verdad?

2. 4. En el marco de las nuevas dinámicas sociales, la verdad científica se percibe como lo indubitable y lo único que puede salvar a la humanidad. Se ignora, probablemente, que en el ámbito de la ciencia la verdad se entiende hoy como algo provisional y consensuado. Para que un resultado científico se califique como verdadero ha de haber acuerdo consensuado entre las personas que forman parte del comité de expertos designado para este fin.

En esas decisiones, qué duda cabe, entra la política: en ocasiones la política científica, otras veces la ciencia de la política, y a veces las dos. Cuando las personas que forman parte de ese comité científico se ponen de acuerdo y sentencian que los resultados comunicados por el investigador son válidos y fiables, pues han sido verificados, y por tanto son verdaderos, se alumbra la “verdad científica”. Esa verdad seguirá siendo verdadera hasta que otro o el mismo investigador no prueben lo contrario y ese comité u otro, mediante consenso, aprueben la veracidad de los nuevos resultados.<sup>10</sup>

<sup>10</sup> Aquilino Polaino-Lorente. “Ciencia, política y política de la investigación”. *Análisis y modificación de conducta*, 2002. Vol. 28, Nº 119. pp. 362-389.

De aquí que en la ciencia se proceda de un modo acumulativo. Los nuevos resultados profundizan, matizan y corrigen la verdad de los antiguos. En esto consiste ese “ajuste fino”, gracias al cual se progresa. Por supuesto que ese “ajuste fino” no tiene nada que ver, en algunas ocasiones, con la experiencia profesional, la observación individual, la intuición, o cualquier otro procedimiento de habérselas con la realidad. Lo relevante es que el comité científico vote y se llegue a un acuerdo mayoritario entre sus miembros... ¡Y eso es la verdad científica!

**2. 5. En las nuevas dinámicas sociales sorprende que sean tan infrecuentes los discursos argumentativos y demostrativos. Es probable que la causa de ello esté en la ausencia de reflexión. Cualquier afirmación, para que sea políticamente sostenible, debería basarse en una cierta argumentación, si es que no es susceptible de demostración. Los tópicos y slogan que se transmiten socialmente carecen con frecuencia de estos fundamentos. Pero si no se demuestra ni argumenta lo que se afirma, ¿cómo es posible que aquello sea creído? ¿En qué se sostienen esas afirmaciones?**

Si los voceros de esa dinámica social no se sirven de ningún sistema lógico, lo que están solicitando del público es que se fie de ellos, que crean irracionalmente su discurso, con independencia de que éste sea verdadero o no. La mayoría de las cosas, acontecimientos y sucesos tienen un fundamento (racional) en la realidad, que los voceros deberían desvelar y manifestar. Obviamente, algunos de esos acontecimientos están poderosamente vinculados a la realidad material hasta el punto de que resultan inconfundibles y, por tanto, evidentes para la ciudadanía.

La evidencia de su contenido suele ir encadenada al sentido común del ciudadano. Si en los voceros no hay argumentos discursivos ni demostrativos, y si en el ciudadano no hay sentido común, es lógico hasta cierto punto que las cosas que son obvias y evidentes pueden resultar ahora falsas o sencillamente incomprensibles.<sup>11</sup>

El discurso racional y demostrativo ha sido sustituido por el discurso persuasivo, otra dinámica social de amplia circulación en la actualidad. La persuasión está a mitad de camino entre la gnosis y la sugestión, y es muy compatible con la manipulación. La persuasión, además, es un término que está en alza y del que se hace un consumo excesivo, especialmente en los contextos académicos. Persuadir tiene mucho que ver con las actitudes que son propias de quienes se entregan a los sofismas y la retórica.

Sin que se pretenda con ello herir a nadie, consideremos un texto reciente de la prensa diaria. *“El Gobierno –puede leerse en una nota informativa- está haciendo sus deberes, los acuerdos se están tomando bajo un amplio consenso con todos los grupos parlamentarios, cuanto más amplio sea el consenso mayor será la consistencia del acuerdo”*.

En realidad, con estas proposiciones se ha persuadido poderosamente a la ciudadanía sin apenas decir nada, lo que es típico de estas estrategias. Basta con que cuestionen algunas afirmaciones de ese texto para verificar lo que se acaba de sostener. ¿Cuáles son los “deberes” a los que se refiere, que el gobierno está obligado a realizar? ¿Acaso conocen los ciudadanos los inventarios jerarquizados

---

<sup>11</sup> “Es objetivo principalísimo alcanzar el siguiente resultado: conversión de lo anómalo, censurable, criminal, etc., en “normal”, “bueno”, “laudable”, etc., y de lo normal, bueno y laudable en “anómalo”, “censurable”, “criminal”, etc. Que este resultado está, en medida no trivial, comenzando a alcanzarse es evidente. También son evidentes, ahora, las consecuencias de esto”; Rubio de Urquía, R. *Ibid.*, 2009, nota (25), p. 7.

de esos deberes? ¿Hay transparencia en cómo se “están haciendo” esos “deberes”? ¿Cuál es el criterio de verdad desde el que se juzga su cumplimiento o no? Sin que nadie pueda juzgarlos, alguien del gobierno nos cuenta cualquier cosa –una declaración edulcorada con lo que se supone son algunas buenas intenciones- y eso basta a los ciudadanos para que asientan, muestren su indiferencia y/o se inhiban. Pero continúan en el “no saben o no contestan”. ¿Es tal actitud la más conveniente para propiciar el necesario cambio político y social? ¿Así es como la ciudadanía defiende su derecho a la participación en la cosa pública? ¿Se defenderá con este procedimiento la transparencia y el espíritu democrático? ¿Ha habido tal vez un acuerdo entre representantes y representados acerca de esos “deberes”?

El discurso persuasivo, por lo general, no añade nada nuevo a lo que ya sabíamos. En el fragmento anterior se percibe una intencionada ingenuidad persuasiva, trenzada de meros futuribles y de inconcretos, vagos “buenos propósitos”. Se ofrecen también ambiguos descriptores de lo que sería deseable, de forma generalizada. Pero nada se dice acerca de en qué consisten esos “buenos deseos”, cómo se van a gestionar, cuál es su fundamento, cómo se logrará satisfacerlos.

Los ciudadanos, simplemente, han sido contaminados empáticamente y son rehenes de los nuevos deseos. Son los deseos que cuidadosamente han suscitado en ellos las anteriores estrategias políticas de persuasión. Esto es lo que suele suceder cuando en un país los ciudadanos abandonan su capacidad de pensar –como consecuencia de la devaluación de la razón-, y se arrojan en los brazos de la ingenuidad deseante.

2. 6. En las nuevas dinámicas sociales suelen estar implícitas la confusión, la ambigüedad conceptual y la mentira. La repetición de estas estrategias condiciona en la ciudadanía la aparición de cierta conformidad o aquiescencia con los contenidos informativos que el poder le suministra. Una vez que la mentira se hace costumbre y su “tolerancia” ciudadana aumenta, entonces importa menos -¿ya no es necesario enmascararlos- que los erróneos contenidos se propalen de forma explícita, impositiva y has coercitiva.

Se ha afirmado recientemente, por ejemplo, que *“el feto es un ser vivo pero no se puede decir que es un ser humano porque no tiene ninguna base científica”*. La anterior afirmación contiene demasiadas contradicciones como para que pueda ser tolerada. ¿En qué se fundamenta la distinción entre “ser vivo” y “ser humano”, en lo relativo al feto humano? La afirmación tiene, además, fuertes resonancias esclavistas. Tampoco los esclavos eran considerados en la Grecia clásica como seres humanos, sino tan solo como “cosas vivientes” que podían ser utilizadas como objetos de propiedad.<sup>12</sup> De aquí que, injustamente, se les privara de dignidad y derechos.

Constituye un insulto a la inteligencia humana atribuir la condición de “ser humano” o no, al mero hecho del nacimiento. Según esto, hasta un segundo antes de nacer el embrión es una mera “cosa viviente”; un segundo después del nacimiento deviene en “ser humano”, en persona. ¿Cómo se explica esa transformación? En realidad no tiene explicación alguna. De admitirse o tolerarse tal aserción se disolvería la lógica de la racionalidad.

De otra parte, lo que la investigación científica pone de manifiesto es exactamente lo contrario; una conclusión ésta que es muy conforme con el sentido

<sup>12</sup> Santiago Cantera Montenegro. *La crisis de Occidente. Orígenes, Actualidad y Futuro*. Sekotia. Madrid, 2008, pp. 117-135.

común, la experiencia humana y la misma racionalidad. Lo que en modo alguno tiene fundamento científico es la formulación antes transcrita.

No deja de ser extraño que la política trate de sustituir a la ciencia. La apropiación indebida de la función del científico por el político, no sólo demuestra arrogancia sino también la voracidad y capacidad de usurpación, en este caso, del estricto ámbito científico. Un modo éste de humillar y condenar a servidumbre a la misma libertad humana.

2. 7. La dinámica social anterior pone de manifiesto, entre otras cosas, que cuestiones humanas trascendentales han sido secuestradas en el actual contexto democrático. Un contexto que a su vez está cautivo en las redes de la partitocracia, y que habría que liberar.

Así las cosas, la democracia se ha reducido a un mero procedimiento: la **“democracia procedimental”**, en la que lo único que parece importar son los votos. Con sólo garantizar a los ciudadanos el derecho a votar y que en las elecciones se satisfagan escrupulosamente los procedimientos democráticos ya se ha cumplido. En consecuencia, nada más puede hacerse para preservar la índole del sistema democrático.

Eso sólo, nada o muy poco tiene que ver con la democracia. Si la democracia se reduce a una mera técnica procedimental –y a sólo eso- se habrá matado el espíritu humano que late en ella y la vivifica. Una democracia así adulterada es terreno propicio para el nacimiento de los totalitarismos.<sup>13</sup>

Lo que al final cuenta no es que a cada ciudadano –en las campañas electorales especialmente- se le persuade de que votando a un determinado partido va a poder satisfacer todo aquello que se le antoje. Esta estrategia, además de descivilizadora, destila infantilismo por cada uno de sus poros en la forma en que se trata a la ciudadanía.

Para recuperar la democracia cautiva no hay más remedio que vigorizar el espíritu ciudadano. Algo que no se conseguirá sin un profundo cambio en la madurez, formación y generosidad de las personas. La formación en el espíritu democrático debería proveer a los ciudadanos de ciertos conocimientos irrenunciables, como la relación entre representantes y representados, el papel del pueblo, los derechos civiles y ciudadanos, la posibilidad de evaluar cómo se gestionan las cosas públicas, la transparencia política, el cumplimiento de los programas por los que se ha votado, etc.

Esto, sin duda alguna, es difícil pero muy necesario para el bien común y las garantías de una democracia. La motivación –el ocuparse de la cosa pública, de lo que es de todos- y la dedicación de un cierto tiempo –algo que se ha estimado para cada ciudadano en dos horas a la semana- son las condiciones necesarias para reavivar el espíritu democrático. ¿Habrá ciudadanos dispuestos a ello?

2. 8. Hay otras muchas **estrategias al servicio de los sofistas**, que son muy antiguas, como la manipulación del lenguaje, el ocultamiento sistemático de la verdad, la proclamación de medias verdades para seducir a la ciudadanía, el apelar a la deseabilidad social a lo que es socialmente deseable *hodie et nunc*, la exaltación de un “buenísimo” modulador del juicio práctico de la razón humana, la muda adhesión y el conformismo ante las medidas de gobierno que no se tomaron o que no resuelven los problemas que afectan a los ciudadanos, etc.

---

<sup>13</sup> Hannah Arendt. *Los orígenes del totalitarismo*. Taurus. Madrid, 2004.

Hay que tratar de desvelar la verdad, depurándola de tanto enmascaramiento como hoy la recubre y adultera. Pondré un ejemplo. ¿Qué sucede cuando, por ejemplo, se sustituye el término “bien común” por el de “interés general en el ordenamiento legislativo”?

El término “bien común” denota “lo que es bueno” y lo es “para todos”. El “interés general” denota, en cambio, algo más relativo e incierto como “lo interesante, lo que interesa” a la generalidad de las personas, aunque no a todas ellas. Es preciso reflexionar sobre estas trampas lingüísticas, porque en modo alguno son indiferentes. El “interés” no siempre es “bueno”. El “bien” y el “interés” no tienen porqué ser coincidentes. Lo “común”, lo que es de todos no coincide con lo “general”, aunque sea mayoritario.

Las consecuencias culturales y personales a que conduce el ejemplo anterior son muy graves. Al ciudadano le va en ello su misma libertad e identidad personal. Consecuencias personales de estas dinámicas des-civilizadoras son la ignorancia (si no hay verdad no hay conocimiento); la confusión (si no hay bien ni mal, qué elegir); la perplejidad (la parálisis e inhibición de la voluntad); la indefensión (la imposibilidad de anticipar el futuro si no se sabe cómo juzgar acerca de las cosas); la desconfianza personal y social (si no se acepta la realidad, de quién fiarse); la susplicia (el presentimiento de poder ser engañado, lo que sitúa a la persona en el recelo a la defensiva); y el paranoidismo (pensar mal de los otros a los que se le atribuye la convicción, no bien fundamentada, de que le van a hacer daño).

Unas relaciones personales afectadas por las anteriores características fragmentan el tejido social y disuelven la cohesión social. Emerge, entonces, el conglomerado social en el que se robustecen los individualismos. Esto es lo que define a la cultura de la sospecha. Cualquier persona a la que le vayan bien las cosas, será calificada en principio como sospechosa de algo. Si un ciudadano expresa su alegría, alguien le recriminará que no se puede estar alegre en los tiempos que corren. El individualismo conduce a la cultura del yo, del narcisismo, en una palabra, a la cultura de la desesperación.

No parece que haya otra solución que la de avalorar la racionalidad y apelar a la verdad. A nivel personal esto comporta una relevante exigencia existencial: la de ser un poco más confiados y moderados en los juicios a los demás y más exigentes con nosotros mismos. Se trata de optar por la autenticidad: macizar el propio yo y darle la necesaria consistencia que procede de comportarse de acuerdo a como se piensa y se habla, a fin de que la persona sea como es, como entiende que quiere y debe ser. Esto no será fácil para las personas que carezcan de un espíritu joven. De lo que se trata, pues, es de no renegar de las propias convicciones, y de persistir en querer ser quien se es.

Lo que la persona realmente quiere es vivir en verdad: decir lo que piensa y hacer lo que piensa y dice, aunque esto le complique la vida. Probablemente es un ideal utópico y, en los tiempos que corren, tal vez no muy alcanzable. Pero si se quiere buscar el esplendor de la verdad en la vida personal, esta es una de las propuestas que hay que poner en la mesa.

En una persona que lucha por la verdad (autenticidad) y por ser la persona que es, su identidad será menos vulnerable y quebradiza. Es probable que no se cumplan todos sus proyectos personales pero, si se exige, si continúa en la pelea su identidad adquirirá una nueva densidad, todavía más robusta y maciza. ¿No es este un excelente proyecto, una estrategia adecuada para enfrentarse a tanta “crisis de identidad” como caracteriza a nuestro tiempo? ¿No es acaso un procedimiento legítimo y humano para poner en valor la verdad y racionalidad?

